

REPENSAR LA LATENCIA

RETHINKING LATENCY

Janis E. Pacheco P.

Universidad Autónoma de Querétaro
Querétaro-México

RESUMEN

En el presente artículo se da respuesta a los siguientes supuestos relacionados con la latencia desde la perspectiva freudiana:

- El concepto de latencia formulado por Freud establece que en el niño latente no existen manifestaciones sexuales.
- Freud no consideró las particularidades de su cultura para determinar cómo influyó en la instauración de la latencia en los niños.

Con la finalidad de aclarar estos supuestos se hace una revisión de la obra freudiana respecto al desarrollo de la latencia en el niño, bajo la orientación que deja abiertos estos supuestos que guían el análisis. Bajo esta directriz, se encuentra que los supuestos en cuestión no se sostienen a la luz de la lectura freudiana.

El artículo concluye con la pregunta: ¿Qué es lo que está latente en la latencia si en ésta no necesariamente desaparecen de la superficie de la conciencia las manifestaciones sexuales en el niño?

Palabras Clave: Latencia, Niños, Manifestaciones Sexuales, Cultura, Educación.

ABSTRACT

In this paper I try to respond the next assumptions related with the freudian concept of latency:

– *The concept of latency formulated by Freud establishes that in the latent child sexual manifestations do not exist.*

– *Freud did not consider the particularities of his culture to determine how it influenced to set up the stage of latency in the children.*

With the purpose to clarify these statements I review the Freudian production related to with the development of the latency in the child under the orientation that opens these assumptions which guides the analysis.

Using this guideline I found that the assumptions I mentioned are not sustained by the freudian lecture.

This article concludes with a follow question: What remains latent in the latency if in this, not necessarily disappear of the conscience surface the sexual manifestations of the child?

Key Words: *Latency, Children, Sexual Manifestations, Culture, Education.*

INTRODUCCIÓN

En este artículo se pretende aclarar dos supuestos que me había formulado en relación con la latencia, en la obra freudiana, los cuales son:

1. Suponer que el concepto de latencia establecido por Freud implica la no existencia de manifestaciones sexuales en el niño.
2. Asimismo, también suponer que Freud no consideró las especificidades de su cultura (y a la educación como una manifestación de esta), para analizar las particularidades en que la cultura influyó en la instauración de su postulado en relación con la latencia en el niño.

Para esclarecer los supuestos arriba mencionados haré referencia a los antecedentes de su formulación y llevaré a cabo una revisión acerca del desarrollo de la latencia en el niño en la obra freudiana, enfatizando la influencia de la cultura.¹

¹ Es importante subrayar que en el presente artículo no profundizaré en lo tocante a la explicación que Freud formulaba acerca de *la cultura*, ya que este tema es en sí mismo motivo de otro artículo (sólo se realizará un breve bosquejo de lo que era para él la cultura “humana” en el pie de página número 25: “No todas las

ANTECEDENTES

Hace relativamente poco tuve la oportunidad de escuchar dos comentarios que me motivaron a desarrollar este escrito con una intención que me parece poco convencional, ya que tiene la finalidad de aclarar un supuesto personal.

Uno de ellos cuestionaba sobre la necesidad de escribir generalmente sólo sobre los casos clínicos que habían resultado venturosos y se argumentaba también sobre la necesidad de escribir sobre aquellos en donde hubieran existido errores.

El otro comentario reflexionaba sobre la necesidad de poner todo en cuestión. Ambos me han motivado a realizar este escrito en el que se conjugan dos de los aspectos que en ese momento se trataban: reflexionar sobre un equívoco y poner en cuestión el supuesto.

Los comentarios referidos se hicieron en dos de los seminarios especializados del Doctorado de psicología y educación, lugar al que actualmente tengo la oportunidad de asistir y en donde los participantes y coordinadores estamos interesados por temáticas psicoanalíticas. Estos comentarios parecieran ir en diferentes direcciones y son el resultado de cavilaciones que en ese momento se trataban.

Debido a que actualmente me encuentro interesada por temáticas relacionadas con la infancia, he estado leyendo a dos autores considerados como historiadores de las mentalidades: Philippe Ariès (2001) y Jacques Gélis (2001)² quienes dan cuenta de cambios en las mentalidades que abarcan grandes espacios de tiempo.

culturas llegan igualmente lejos en esto (se refiere al establecimiento del tabú y de la ley como limitación de la vida sexual y prohibición de la elección incestuosa del objeto amoroso”). Lo que se irá mostrando a lo largo de este escrito son los distintos elementos culturales, como por ejemplo: el lugar de los mitos y de la educación que Freud analizó para dar explicación a la latencia en el niño.

² Ariès, P. (2001a). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. México: Taurus.

Gélis, J. (2001). La individualización del niño. En *Historia de la vida privada. Del Renacimiento a la Ilustración*. Madrid: Taurus.

Para sustentar sus investigaciones estos autores acudieron a documentos escritos, pinturas, relatos, etc. Efectuaron estudios historiográficos para indagar sobre las transformaciones que se fueron suscitando en el devenir histórico cultural que pudieran dar cuenta de la historia de la infancia en Francia.

Es importante subrayar que estos autores conciben los cambios de las mentalidades como producto de las transformaciones económicas y políticas acaecidas en los diversos contextos sociales; asimismo están advertidos acerca de que los sucesos históricos no se dan en forma lineal, que existen multitud de visiones no sólo en diferentes espacios temporales y geográficos sino también en un mismo período de tiempo y en un mismo lugar de referencia. Consideran sin embargo que un estudio de las mentalidades ayuda a tener una buena semblanza de la generalidad de las prácticas de crianza a lo largo de las épocas.

Del artículo *Del impudor a la inocencia* de Philippe Ariès (2001b), reconocido como uno de los historiadores vanguardistas en abordar la temática de la infancia desde esta perspectiva, hay particularmente tres apartados que llamaron mi atención y que transcribo a continuación:

El lector moderno del diario en el que el médico del rey, Heroard, anota los hechos rutinarios de la vida del joven Luis XIII, se asombra de la libertad con que se trataba a los niños, de la vulgaridad de las bromas, de la indecencia de gestos cuyo carácter público no chocaba a nadie y que parecían naturales. Nada nos dará mejor idea de la ausencia total del sentimiento moderno de la infancia en los últimos años del siglo XVI y comienzos del siglo XVIII (Ariès, P., 2001b, p. 143).

En las siguientes citas del mismo artículo se lee que:

Esta clase de bromas desaparece a partir de 1608, porque ya está hecho un hombrecito –la edad fatídica de los siete años–, y en ese momento es cuando hay que enseñarle la decencia de los modales y del lenguaje. Cuando se le pregunta por dónde salen los niños, responderá entonces, como la Agnés de Molière, que por la oreja (Ariès, 2001b, p. 145).

Se imponía al niño de diez años una discreción que a nadie se le ocurriría exigir del niño de cinco años. La educación sólo comenzaba a partir de los siete. En todo caso, ese escrúpulo tardío de decencia debe atribuirse a un comienzo de reforma de las costumbres, signo de la renovación religiosa y moral del siglo XVII: como si el valor de la educación empezara sólo al acercarse la edad del hombre (Ariès, 2001b, p. 146).

De esta lectura, lo que me llamó la atención fue conocer cómo es que el niño era vivido en Francia antes del siglo XVII: como una cosita graciosa cuyas manifestaciones eróticas, como los juegos sexuales que se tenían con él, eran causa de curiosidad y regocijo.

Se trataba de una percepción popular de la infancia muy alejada de la que Freud describe en sus artículos en el siglo XIX en donde, de acuerdo a lo que despliega en varios escritos, el niño era vivido como puro y sin ninguna manifestación sexual, idea que Freud puso en entredicho.

Esta negación de la sexualidad del niño por la cultura europea –de acuerdo con lo planteado por Ariès– estuvo determinada entre otras razones por los cambios culturales en el siglo XVII en donde las estructuras familiares cambiaron en determinados sectores al pasar de estar integradas por muchos miembros a familias constituidas en pequeños grupos.

El lugar preponderante que adquirieron los sectores religiosos y moralistas contribuyó a que criticaran severamente las manifestaciones jocosas tanto por parte de los padres hacia el niño como las del propio infante.

El cambio en la percepción de la infancia también estaba determinado por el lugar que esta ocupaba dentro de la sociedad. Así a los siete años el niño ya era considerado un hombrecito al que habría que enseñarle la moralidad y el decoro.

El lugar tan determinante que la Iglesia y el Estado fueron teniendo en la concepción del niño puro incidió para que éstos se hicieran cargo también del sistema educativo escolarizado, como lo apunta Jacques Gélis:

Este paso progresivo de lo privado a lo público coincide, en efecto, con la voluntad del poder político y religioso de controlar el conjunto de la sociedad. Y las nuevas estructuras educativas, en particular las de los colegios, cuentan rápidamente con la adhesión de los padres. En efecto, éstos se convencen de que su hijo está siempre a merced de instintos primarios que es preciso contener y de que es importante “someter sus deseos al gobierno de la Razón (Gélis, 2001, p. 303).

Estas lecturas me llevaron a entender parte del contexto histórico y cultural en el que se encontraba Freud en el siglo XIX, particularmente en lo relacionado con las concepciones que se tenían respecto a la infancia, y a vislumbrar que no habían sido siempre las mismas.

También me llevaron a recordar un momento que forma parte de la constitución psicosexual infantil de acuerdo con los planteamientos freudianos. Por alguna razón, recordaba por una parte que, al plantear la latencia, Freud aseguraba que en esta fase no existía en los niños un interés manifiesto hacia la sexualidad, y por la otra, consideraba que Freud había desconocido los cambios histórico-culturales que pudieran apoyar la instauración de la latencia gracias a la cultura y como instancia promotora de la represión.

Pero ¿de dónde venían estos supuestos?

En gran parte, estas ideas me surgieron al leer el libro de Antropología Médica de Gonzalo Aguirre Beltrán, reconocido antropólogo médico mexicano, quien en su texto dedica un capítulo denominado: *Psicología y Antropología médica* y como parte del mismo, desde la perspectiva del autor, desarrolla algunos planteamientos freudianos relacionados con el desarrollo psicosexual infantil.

En el desglose de sus planteamientos, se observa la visión particular del autor citado en relación con la latencia, así como su crítica sobre los postulados filogenéticos freudianos.

Es a partir de la lectura de este reconocido antropólogo de donde me surgen los supuestos inicialmente planteados y que son:

1. La fase de la latencia en el niño se caracteriza por la ausencia de manifestaciones sexuales (punto que, si bien no es cuestionado, es formulado como un postulado freudiano).
2. La ausencia en Freud del análisis de las especificidades de su cultura para determinar cómo esta influyó en la instauración de la latencia en los niños. Si bien Aguirre Beltrán no dirige específicamente su crítica al contexto freudiano, su cuestionamiento hacia la universalidad de la explicación filogenética me llevó a generar el supuesto hacia el contexto histórico cultural freudiano.

No es mi finalidad refutar los postulados de Aguirre Beltrán, el objetivo de enunciarlos en este escrito es el mostrar el origen de los supuestos que me había creado.

Con respecto al desarrollo psicosexual infantil, Aguirre Beltrán dice:

Entre los tres y los nueve años la pasión sexual se orienta a los genitales. Transcurre el niño, primero, por una fase llamada fálica, durante la cual se siente atraído por el padre del sexo opuesto; sufre el complejo de Edipo y pasa a un período de latencia, de los 5 a los 12 años, definido por sublimaciones y sobrecompensaciones que hacen desaparecer de la superficie de la conciencia las manifestaciones eróticas (Aguirre Beltrán, 1986, p. 72).

La crítica que Aguirre Beltrán hace a Freud con relación a la explicación filogenética del complejo de Edipo es como sigue:

Las experiencias biológicamente enraizadas y las asociadas con la infancia y con la socialización en la temprana niñez, implican regularidades en los productos que se supone deben ser los mismos en la humanidad entera.

No estiman (se refiere a Freud y a los psicoanalistas³) como barreras insalvables las variaciones en el contenido cultural, que los pueblos de la Tierra exhiben, y de acciones de tipo similar extraen significados semejantes (Aguirre Beltrán, 1986, p. 73).

³ El paréntesis es mío.

Parece necesario subrayar dos aspectos acerca de las citas anteriores; uno hace referencia a que en la latencia desaparecen las manifestaciones sexuales, así como la crítica que realiza respecto a la búsqueda por parte de Freud hacia una explicación filogenética, sin considerar las particularidades de cada cultura y cada momento histórico.

Para determinar si los postulados de Aguirre Beltrán corresponden a lo planteado por Freud, hay que remitirse a los textos freudianos; sin embargo, antes de hacerlo considero pertinente enunciar otros autores que influyeron en la creación de mis supuestos. Se trata de William H. Masters y Virginia E. Johnson, que cuestionan la inexistencia de manifestaciones sexuales en el niño latente, como se lee en la siguiente cita:

En la actualidad, son ya muchos sexólogos que no aceptan el concepto freudiano de un período de latencia sexual en la segunda niñez o preadolescencia, es decir, de una etapa en la que los intereses e impulsos sexuales derivan hacia otros campos (Masters & Kolodny, 1997, p. 231).

Y agregan más adelante:

Las investigaciones en el ámbito de diversas culturas demuestran con toda claridad que, si la sociedad no reprime las exploraciones sexuales del niño, estas no sólo prosiguen durante la preadolescencia sino que se prodigan todavía más (Masters & Kolodny, 1997, p. 231).⁴

Ante lo anterior, las lecturas de Philippe Ariès y Jacques Gélis me llevaron a considerar la posibilidad de evidenciar una supuesta ausencia en los planteamientos de Freud en cuanto al desarrollo de la latencia, ya que éstas hacían referencia a espacios de la historia en Francia en donde quedaba evidenciado el reconocimiento de la sexualidad en el niño, y como contraparte

⁴ Los autores dan las siguientes referencias: Ford & Beach, 1951; Marshall & Suggs (1971); Currier (1981).

la influencia de la cultura para el establecimiento en ellos de lo que Freud denominó como latencia.

¿Pero estos supuestos se podrían sostener ante la revisión de la concepción de la latencia en el niño desde la obra freudiana?⁵

La posibilidad de cuestionar lo planteado por los autores arriba señalados y ponerlo en contraste con lo que Freud fue desplegando respecto al tema me llevó a algunas precisiones que adelante se mencionan.

Desde que Freud inicia sus reflexiones escritas respecto al acontecer subjetivo en sus pacientes, menciona como una constante la presencia de temáticas que están relacionadas con situaciones que aluden a la existencia de una sexualidad desde momentos tempranos de la vida, por lo que comienza a indagar qué es lo que sucede en la infancia, encontrando que en esta se suscitan vivencias que desde su perspectiva serán determinantes en la constitución psíquica de todo individuo.

Freud considera que el desarrollo de la sexualidad tiene una acometida en dos tiempos, puntualizando:

La teoría sostiene que, en oposición a la opinión popular, la vida sexual de los seres humanos –o lo que corresponde a una época posterior– muestra un florecimiento temprano que termina hacia los cinco años, tras lo cual le sigue el *período de latencia* –hasta la pubertad–, en la que no se produce ningún desarrollo de la sexualidad (Freud, 1975, p. 72).

La primera acometida a la que se refiere Freud se inicia desde que el niño nace hasta el período de latencia, el segundo momento toma un repunte a partir de la pubertad.

⁵ Es importante precisar que las referencias sobre la latencia que a continuación se presentan tienen como finalidad sustancial analizar los supuestos planteados en el inicio de este escrito, por lo que me he visto precisada a omitir referencias que si bien son importantes, para la temática que hoy me convoca, desviarían lo que me he planteado mostrar ahora.

A continuación retomaré dos referencias más de Freud, para precisar sus planteamientos con relación al primer supuesto mencionado al inicio de este escrito:

La primera referencia sobre la latencia se localiza en el artículo *Tres ensayos de teoría sexual* (1905). En este menciona que las mociones sexuales infantiles no desaparecen totalmente en la latencia, pero su energía, de manera parcial o total, es desviada del uso sexual y orientada hacia una meta nueva denominada por él como *sublimación*. El planteamiento queda cabalmente expresado en la siguiente cita:

¿Con qué medios se ejecutan estas construcciones tan importantes para la cultura personal (se refiere a la sublimación⁶) y la normalidad posteriores del individuo? Probablemente a expensas de las mociones sexuales infantiles mismas, cuyo aflujo no ha cesado, pues, ni siquiera en este período de latencia, pero cuya energía –en su totalidad o en su mayor parte– es desviada del uso sexual y aplicada a otros fines (Freud, 1978, p. 161).

En 1916-1917 en el artículo *Conferencias de introducción al psicoanálisis* sigue con las hipótesis sostenidas en el período 1901-1905:

Más o menos desde el sexto al octavo año de vida en adelante se observa una detención o un retroceso en el desarrollo sexual, que en los casos más favorables desde el punto de vista cultural merecen el nombre del período de latencia.

Este puede faltar: no es forzoso que traiga aparejada una interrupción completa de las prácticas y los intereses sexuales. Las vivencias y mociones anímicas anteriores al advenimiento del período de latencia son víctimas, en su mayoría, de la amnesia infantil, ese olvido que ya elucidamos,⁷ que oculta nuestros primeros años de vida y nos aliena de ellos (Freud, 1979a, p. 297).

⁶ El paréntesis es mío.

⁷ En el texto se da la siguiente referencia: Cf. 15, pp. 182 y sigs.

Once años después de lo postulado en el artículo *Tres ensayos de teoría sexual*, Freud no sólo mantiene lo que en ese entonces formulaba, sino además precisa que en la latencia puede o no existir en el niño una interrupción de las manifestaciones eróticas y que sólo en el mejor de los casos, de acuerdo con los intereses de la cultura, existirá una detención o un retroceso en este momento. Freud no consideraba que en la latencia se dejaran de manifestar invariablemente intereses relacionados con la sexualidad.

Decir entonces que las manifestaciones sexuales desaparecen de forma consciente en el niño pareciera más un planteamiento idealista de los representantes de la cultura que una formulación de Freud.

En lo concerniente al segundo supuesto, para iniciar la revisión de lo que Freud dice sobre esto, me remito nuevamente a *Tres ensayos de teoría sexual* (1978), dado que en este artículo desarrolla algunos de sus planteamientos en torno al establecimiento de la latencia en el niño y la influencia que tiene la cultura para su establecimiento.

Freud menciona que en la latencia se constituyen los obstáculos que más adelante se presentarán como inhibidores de la pulsión sexual y comenta que se pensaría que en el niño civilizado el establecimiento de los diques se debe a la educación. Si bien reconoce su influencia él plantea que el desarrollo es de origen orgánico:

En el niño civilizado se tiene la impresión de que el establecimiento de esos diques es obra de la educación, y sin duda alguna ella contribuye mucho. Pero en realidad este desarrollo es de condicionamiento orgánico, fijado hereditariamente, y llegado el caso puede producirse sin ninguna ayuda. Esta última se atiene por entero a la esfera de competencia que se ha asignado cuando se limita a marchar tras lo prefijado orgánicamente, imprimiéndole un cuño algo más ordenado y profundo (Freud, 1978, p. 161).

Sin embargo, Freud reconoce la influencia de la educación (que es parte de la cultura) como factor que incide en el establecimiento de la latencia, ya que desde el ideal de la cultura el

establecimiento de la latencia facilitará la educación del niño, como a continuación lo señala:

...ese empleo de la sexualidad infantil (se refiere a las manifestaciones sexuales inhibidas⁸) constituye un ideal pedagógico del cual el desarrollo del individuo se aparta casi siempre en algunos puntos, y a menudo en medida considerable.

Los educadores, en la medida en que presentan alguna atención a la sexualidad infantil, se conducen como si compartieran nuestras opiniones acerca de la formación de los poderes de defensa morales a expensas de la sexualidad, y como si supieran que la práctica sexual hace ineducable al niño (Freud, 1978, p. 162).

En el artículo *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-1917) Freud desarrolla las razones por las cuales los adultos niegan la sexualidad en los niños:

He aquí lo notable: tiene su fuente en el hecho de que ustedes mismos fueron niños y como tales estuvieron sometidos a la influencia de la educación. La sociedad, en efecto, tiene que hacerse cargo, como una de sus más importantes tareas pedagógicas, de domeñar la pulsión sexual cuando aflora como esfuerzo por reproducirse, tiene que restringirla y someterla a una voluntad individual que sea idéntica al mandato social. También tiene interés en posponer su desarrollo pleno hasta que el niño haya alcanzado un cierto grado de madurez intelectual; es que con el florecimiento pleno de la pulsión sexual, toca a su fin también en la práctica la docilidad a la educación (Freud, 1979a, p. 284).

Un poco más adelante agrega:

Con este propósito se prohibieron y se desalentaron en los niños casi todas las prácticas sexuales; se estableció como meta ideal conformar asexualada la vida del niño, y en el curso de los tiempos se consiguió por fin que realmente se tuviera por asexual; la ciencia proclamó después esto como su doctrina. Además, para no ponerse en contradicción con esta creencia y esos propósitos, se omitió ver la práctica sexual del niño,

⁸ El paréntesis es mío.

lo cual no es poca hazaña, o bien los hombres de ciencia se conformaron con atribuirle una significación diversa. El niño es juzgado puro, inocente, y el que describa las cosas de alguna otra manera puede ser acusado de impío, sacrílego de los tiernos y sagrados sentimientos de la humanidad.

Los niños son los únicos que no participan de estas convenciones; con toda ingenuidad hacen valer sus derechos animales y demuestran una y otra vez que han dejado para más tarde el camino hacia la pureza.

Cosa bastante extraña: los que desmienten la sexualidad infantil no cejan por eso en la educación, sino que persiguen con el máximo rigor las exteriorizaciones de lo desmentido bajo el título de “malas costumbres de los niños”. De alto interés teórico es también que el período que contradice de la manera más flagrante el prejuicio de la infancia asexual, el que llega hasta el quinto o sexto año de la vida, es cubierto después en la mayoría de las personas por el velo de una amnesia que sólo una exploración analítica desgarrar radicalmente, pero que ya antes se dejó atravesar por formaciones oníricas aisladas (Freud, 1979a, p. 285).

Como se puede observar, Freud no sólo reconoce el lugar tan determinante que tiene la sociedad para la instauración de la latencia, sino que considera que una de sus tareas formativas consiste en domeñar las manifestaciones sexuales en los niños.

Este pasaje hace recordar nuevamente los aportes de Philippe Ariès y Jacques Gélis quienes marcan precisamente de qué manera el niño, quien había sido vivido antaño por la sociedad como erotizado, es “sometido de sus deseos al gobierno de la razón” para instituirlo como niño inocente, pasaje en donde el deber ser educacional promulgó su instauración.

Hasta este momento de su obra Freud reconoce a la sociedad como elemento que favorece la instauración de la latencia dado que ésta tiene como una de sus más importantes funciones someter la pulsión sexual de acuerdo con los mandatos que convengan a la sociedad y si bien Freud no especifica manifiestamente lo que acontece en su contexto histórico-cultural parece interesante ver de qué manera se complementa con las contextualizaciones dadas por los historiadores de las mentalidades anteriormente referidas.

En 1924 Freud enriquece su teoría considerando los postulados generados hasta ese momento. En la cita que se da a continuación se muestra la conjunción de sus teorías relacionadas con los factores filogenéticos y ontogenéticos que determinan la declinación del complejo de Edipo y el origen del período de latencia:

Las investiduras de objeto son resignadas y sustituidas por identificación. La autoridad del padre, o de ambos progenitores, introyectada en el yo, forma ahí el núcleo del superyó, que toma prestado del padre su severidad, perpetúa la prohibición del incesto y, así, asegura al yo contra el retorno de la investidura libidinal de objeto. Las aspiraciones libidinosas pertenecientes al complejo de Edipo son en parte desexualizadas y sublimadas, lo que probablemente acontezca con toda transposición en identificación, y en parte son inhibidas en su meta y mudadas en mociones tiernas. El proceso en su conjunto salvó una vez a los genitales, alejó de ellos el peligro de la pérdida, y además los paralizó, canceló su función. Con este proceso se inicia el período de latencia, que viene a interrumpir el desarrollo sexual del niño (Freud, 1971, p. 184).

En una larga cita a pie de página del apartado IV del artículo *El malestar en la cultura* (1930 [1929]), Freud profundiza respecto a la explicación filogenética de la latencia; al respecto dice:

El relegamiento de los estímulos olfatorios parece ser, a su vez, consecuencia del extrañamiento del ser humano respecto de la tierra, de la adopción de una postura erecta en la marcha, que vuelve visibles y necesitados de protección a los genitales hasta entonces encubiertos y así provoca la vergüenza. También en el afán cultural por la limpieza, que halla una justificación con posterioridad (nachträglich) en miramientos higiénicos pero que ya se había exteriorizado antes de esa intelección, es inequívoca la presencia de un factor social. La impulsión a la limpieza corresponde al esfuerzo (Drang) por eliminar los excrementos que se han vuelto desagradables para la percepción sensorial (Freud, 1979b, p. 97).

El acontecimiento hipotético descrito por Freud, que debió suscitarse en la historia primordial de la especie, implicaba la

adopción de la postura erecta y el reemplazo del olfato por la vista como sentido predominante, suceso prehistórico que facilitaría, entre otros acontecimientos de suma importancia (como lo es la explicación filogenética de la declinación del complejo de Edipo), el establecimiento de la represión entendiéndola aquí como dique que se levanta contra la pulsión sexual durante el período de la latencia.

Aunado a lo filogenético y haciendo referencia a lo ontogenético, es pertinente subrayar que los padres como autoridad serán los portadores de un bagaje determinado por su contexto histórico cultural, pero además de cómo haya historiado subjetivamente hablando su contexto social.

Hasta este momento es posible observar tres vertientes mediante las cuales Freud explica la latencia:

1. Pone el acento en la importancia de la cultura para su instauración.
2. Su origen filogenético.
3. La explicación ontogenética relacionada estrechamente con la anterior.

Es conveniente en este momento detenerse en su obra *El malestar en la cultura*⁹, puesto que entre otros aspectos es posible observar en este escrito los siguientes puntos:

⁹ El título de la obra obliga a dar un esbozo de lo que era para Freud la cultura “humana” y algunos de los elementos que la constituyen. En el artículo de “El porvenir de una ilusión” despliega cómo para él la cultura es todo aquello en lo cual el hombre se ha elevado por encima de su condición animal, abarca todo saber y poder que el hombre ha utilizado para gobernar las fuerzas de la naturaleza así como las normas necesarias para regular los vínculos entre los humanos.

Respecto al saber y el poder, en *El malestar en la cultura* profundiza al respecto mencionando cómo en una cultura superior es cultivado y elevado todo lo que es útil, como la ciencia y la tecnología, pero también lo que podría parecer inútil, como la belleza, la limpieza y el orden.

Con relación a las normas necesarias, considera que parte del sufrimiento humano es debido a la dificultad para establecer los vínculos entre los seres humanos, que serían regulados en la familia, el Estado y la sociedad, esto es, una parte

1. Las cavilaciones que realizó sobre su propia cultura y
2. Las reflexiones respecto a las particularidades que puede tener cada cultura para el establecimiento de sus prohibiciones incestuosas.

Con relación a las particularidades en cada cultura (inciso 2), dice lo siguiente:

No todas las culturas llegan igualmente lejos en esto (se refiere al establecimiento del tabú y de la ley como limitación de la vida sexual y prohibición de la elección incestuosa del objeto amoroso)¹⁰; la estructura económica de la sociedad influye también sobre la medida de la libertad sexual restante. Ya sabemos que la cultura obedece en este punto a la compulsión de la necesidad económica; en efecto, se ve precisada a sustraer de la sexualidad un gran monto de la energía psíquica que ella misma gasta (Freud, 1979b, pp. 101-102).

Dentro de la misma página Freud realiza una reflexión sobre su propia cultura (inciso 1):

Nuestra cultura de Europa occidental exhibe un alto nivel dentro de ese desarrollo. Desde el punto de vista psicológico, se justifica por entero que empiece por proscribir las exteriorizaciones de la vida sexual infantil, pues el endicamiento de los apetitos sexuales del adulto no tiene perspectiva alguna de éxito si no se lo preparó desde la niñez (Freud, 1979b, p. 102).

La cita anterior no es la única en la que Freud realiza una reflexión sobre su cultura, la historia y los acontecimientos político-sociales que en el momento de escribir el texto se suscitaban.

Freud despliega a lo largo del artículo el análisis de distintos períodos sociales, enfatizando aquellos que en ese momento eran motivo de preocupación general. Tratando de dar una explicación

indispensable para la constitución de una cultura también es el motivo de su congoja, debido a que el paso decisivo de la cultura consiste en el sacrificio de las pulsiones para acceder a una vida comunitaria.

¹⁰ El paréntesis es mío.

al porqué de las guerras, plantea que no es sencillo para el hombre renunciar a sus inclinaciones agresivas, por lo que es posible que en algunas culturas se propicie la hostilidad entre los pueblos como un escape; al respecto dice:

Quien evoque en su recuerdo el espanto de las invasiones bárbaras, las incursiones de los hunos, de los llamados mongoles bajo Gengis Khan y Tamerlán, la conquista de Jerusalén por los piadosos cruzados, y, ayer apenas, los horrores de la Guerra Mundial, no podrá menos que inclinarse, desanimado ante la verdad objetiva de esta concepción (Freud, 1979b, p. 108).

Al referirse a estos sucesos históricos Freud evidencia el antagonismo existente en la cultura en la medida en que parte de ella reclama la renuncia de gran parte de las pulsiones por el bien de la vida comunitaria, mientras otra no se detiene en hacerle daño a la que considera su enemiga.

En relación a lo anterior se destacan las siguientes citas:

Así, el pueblo judío, disperso por todo el orbe, tiene ganados loables méritos frente a las culturas de los pueblos que los hospedaron; lástima que todas las matanzas de judíos en la Edad Media no consiguieron hacer gozar a sus compatriotas cristianos de una paz y seguridad mayores en su época. [...] Tampoco fue un azar incomprensible que el sueño de un imperio germánico universal pidiera como un complemento el antisemitismo, y parece explicable que el ensayo de instituir en Rusia una cultura comunista nueva halle su respaldo psicológico en la persecución al burgués. Uno no puede menos que preguntarse, con preocupación, qué harán los soviets después de que hayan liquidado a sus burgueses (Freud, 1979b, p. 111).

Se hace necesario comentar el párrafo con el que concluye Freud su obra *El malestar en la cultura*, considerando que, como se precisa en la nota a pie de página, esta fue agregada en 1931, momento en el que era notoria la amenaza que Hitler representaba para el mundo y especialmente para los judíos; éste concluye de la siguiente manera:

He aquí, a mi entender, la cuestión decisiva para el destino de la especie humana: si su desarrollo cultural logrará, y en caso afirmativo en qué medida, dominar la perturbación de la convivencia que proviene de la humana pulsión de agresión y de autoaniquilamiento. Nuestra época merece quizás un particular interés justamente en relación con esto. Hoy los seres humanos han llevado tan adelante su dominio sobre las fuerzas de la naturaleza que con su auxilio les resulta fácil exterminarse unos a otros, hasta el último hombre. Ellos lo saben; de ahí buena parte de la inquietud contemporánea, de su infelicidad, de su talante angustiado. Y ahora cabe esperar que el otro de los dos “poderes celestiales”, el Eros eterno, haga un esfuerzo para afianzarse en la lucha contra su enemigo igualmente inmortal. ¿Pero quién puede prever el desenlace? (Freud, 1979b, p. 140).

En la obra *El malestar en la cultura* es posible observar el interés que Freud tenía por analizar la irremediable oposición entre las demandas de la pulsión y las limitaciones impuestas por la cultura; para ello no sólo desplegó qué es la cultura, sino que particularizó los sucesos acontecidos en varias de éstas.

Freud realizó un estudio histórico remontándose a los albores de la humanidad para finalizar con un hecho social que en ese momento se estaba gestando. Es decir, que sí consideraba las variaciones en el contenido cultural que los pueblos de la tierra exhiben.

La búsqueda de una explicación al proceso de la latencia en los niños lo llevó a indagar en los referentes antropológicos, filosóficos e históricos de su época. Las construcciones de sus planteamientos estuvieron nutridas por los referentes sociales y culturales que en ese momento existían y lo alentaron a dar una explicación “mítica” sobre el origen de los mismos.

Sin embargo, es necesario precisar que si bien las construcciones que el psicoanálisis ha realizado (en este caso las formuladas por Freud) han sido alimentadas por la cosmovisión vigente en su época, también ha sido capaz de producir aportes que permiten cuestionar las representaciones cristalizadas en su momento sociocultural.

CONCLUSIÓN

Después de haber efectuado la revisión y reflexiones anteriores, concluyo que para Freud el lugar de la sexualidad es determinante para la constitución psíquica de los seres humanos, esta es posible de encontrar desde momentos muy tempranos de su vida.

En el período de latencia su energía puede ser desviada del uso sexual y orientada hacia lo que Freud denominó como sublimación. Esto no implica que invariablemente desaparezcan las manifestaciones eróticas en los niños.

Para explicar la latencia Freud fluctuó a lo largo del desarrollo de su obra entre un determinismo orgánico y uno cultural, dándose un predominio de esta última en los posteriores años de su obra escrita. La cultura, y la educación como parte de ésta, tendrá como una de sus tareas primordiales inhibir las manifestaciones sexuales en los niños con la finalidad de responder a los mandatos sociales, pero no todas las culturas exigen con el mismo rigor la desaparición de expresiones eróticas dado que esto dependerá de las particularidades de cada cultura y de su momento histórico.

Freud observa en la cultura una irreparable oposición entre las peticiones de la pulsión y las limitaciones impuestas por cada cultura.

Pero si en la latencia las manifestaciones eróticas en el niño no necesariamente desaparecen de la superficie de la conciencia, ¿qué es lo que está latente en la latencia?

REFERENCIAS

- Aguirre Beltrán, G. (1986). Antropología Médica. En *El desarrollo psicosexual (cap. III)*. México D.F.: SCP Cultura. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- Ariès, P. (2001a). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. México: Taurus.
- Ariès, P. (2001b). El Niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen. En *Del impudor a la inocencia (cap. V)* (p. 143). México: Taurus.

- Gélis, J. (2001). La individualización del niño. En *Historia de la vida privada. Del Renacimiento a la Ilustración*. España: Taurus.
- Masters, W.; Johnson V. & Kolodny, R. (1997). *La Sexualidad humana*. Barcelona: Grijalbo.
- Freud, S. (1971). El sepultamiento del complejo de Edipo (1924). En *Obras Completas (Tomo XIX)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1975). Moisés y la religión monoteísta (1937-1939). En *Obras Completas (Tomo XXIII)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1978). Tres ensayos de teoría sexual (1901-1905). En *Obras Completas (Tomo VII)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979a). Conferencias de introducción al psicoanálisis (1916-1917). En *Obras Completas (Tomo XVI)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979b). El malestar en la cultura (1930 [1929]). En *Obras Completas (Tomo XIX)*. Buenos Aires: Amorrortu.

janis@uaq.mx